

## MI RECUERDO DE ISAAC BARRERA

Mi primera visita a Quito tuvo lugar cuando había terminado el quinto grado de la escuela primaria en mi ciudad natal, Otavalo. Me encontraba gozando de las vacaciones después de haber trabajado unas pocas semanas como jalonero con unos ingenieros venidos de Quito para preparar los planos para la instalación de una red de agua potable. Unos pocos hombres y muchachos de escuela fuimos empleados como anotadores, portamiras, jaloneros, etc. Los jaloneros ganábamos ocho reales diarios y nos pagaban al final de cada semana. Este fue mi primer trabajo remunerado y recuerdo claramente la gran felicidad que sentí al recibir el primer dinero ganado con mi esfuerzo. Recuerdo también la enorme satisfacción que tuve compartiendo mi dinero con mi familia. Para mi mismo sólo compré un ejemplar del Nuevo Testamento que deseaba leer por alguna razón que he olvidado. Debo indicar que para entonces era ya un gran lector y un asiduo cliente de la Biblioteca Municipal que dirigía el padre de mi mejor amigo y compañero de escuela.

Fue cuando había terminado este trabajo que mi abuelo materno, en cuya casa vivíamos, tuvo que hacer un viaje a Quito y decidió llevarme consigo para que conociera la capital del país y a un primo de mi padre que vivía allí y que era conocido y respetado tanto en Otavalo como en Quito. Mi abuelo y yo, en sendos caballos, iniciamos el viaje una buena mañana y avanzamos ese primer día hasta un sitio llamado La Providencia, al otro lado del río Guayllabamba, donde pasamos la noche en una gran casa posada en compañía de otros viajeros y de muchos arrieros. Al siguiente día, en las primeras horas de la tarde llegamos a Cotocollao donde se dejaba los caballos para tomar el tranvía y llegar a la ciudad. Recuerdo que con parte del dinero que gané como jalonero compré un libro titulado Aventuras de Tres Rusos y Tres Ingleses en el Africa Austral por Julio Verne.

Recuerdo también que mi abuelo y yo tomamos otro tranvía que nos llevó hasta el final de esa línea en la llamada Pata de Guápulo o sea la esquina de la Avenida Colón y el Camino al Batán. Muy cerca a

esa esquina estaba La Quinta, una casa rodeada de jardines, donde residía el primo de mi padre, Isaac Barrera, con su esposa, un hijo y dos hijas. Mi abuelo me presentó a todos ellos que me acogieron con cariño y creo que con alguna curiosidad. Quedé admirado del confort en que vivían y de su bondad y sencillez. Isaac y su esposa, Carmencita, me hicieron mil preguntas sobre mi familia, la vida en Otavalo, mis estudios en la escuela, mis intereses y aspiraciones, etc. Les relaté mi trabajo como jalonero en las primeras semanas de mis vacaciones, el dinero que había ganado y como lo había gastado en regalos para mis padres y hermanos y en la compra del Nuevo Testamento y el libro de Julio Verne. Creo que complació a Isaac la forma como había empleado mi dinero y de manera especial la compra de los libros porque ese mismo momento me dió una cantidad suficiente para que comprara otro libro y sugerí Veinte Mil Millas de Viaje Submarino de Julio Verne. Fue así como llegué a Quito por primera vez y fue así como conocí a Isaac y su familia.

No volví a ver a Isaac hasta un año más tarde. Había terminado la escuela primaria y me encontraba gozando de las vacaciones en Piganta, una hacienda que administraba mi padre cerca a San José de Minas. Mi madre y mis hermanos continuaban viviendo en Otavalo. Mientras mi padre atendía sus obligaciones yo disfrutaba de completa libertad. Visitaba los huertos de naranjas, limones y chirimoyas en la playa de un río, montaba a caballo, pero sobre todo pasaba el tiempo en el trapiche mirando moler la caña, hervir el jugo y fabricar raspadura. Pero un día recibí una carta de mi madre preguntándome que iba a hacer cuando terminaran las vacaciones e informándome que mis amigos y compañeros de escuela ya habían ido a Quito para ingresar a un colegio. Esta noticia tuvo el efecto seguramente esperado por mi madre. Si mis amigos iban al colegio yo no quería nada menos. Manifesté así a mi padre quien me dijo que si quería ir al colegio debía ir enseguida a Quito para hablar con Isaac y ver si él podía conseguirme una beca ya que mi familia no tenía suficiente dinero para pagar mi albergue, alimentación, útiles escolares, etc. Indiqué a mi padre que yo estaba listo para ir a Quito, pero que no sabía como podía hacerlo. Entonces él me dijo que me daría un caballo que llamaban chileno, porque era grande, que conocía el camino de Piganta a Carcelén que era otra hacienda del mismo dueño muy cerca a Quito. Mi padre informó por teléfono al administrador de Carcelén el día y hora que saldría de Piganta para que estuviera alerta a mi llegada y me diera posada. El día convenido, montado en el caballo chileno que seguramente ni sintió mi peso, salí de Piganta y siguiendo las instrucciones de mi padre dejé que el caballo fuera por donde quería

preocupándome solamente de mantenerme firme en la montura. El viaje fue un solo galopar por caminos que nunca había visto. Pasé por uno o dos pueblos llamando la atención de la gente al ver este inmenso caballo y diminuto jinete aparecer y desaparecer a todo galope. De pronto el caballo dejó el camino principal y entró a una avenida bordeada de árboles al final de la cual estaba la casa de la hacienda Carcelén. No se hasta ahora cuantas horas pasé galopando ni la distancia que hay entre Piganta y Carcelén, pero sí se, porque así me informó el administrador de esta hacienda, que había roto todos los records establecidos para este viaje. Al siguiente día el administrador de Carcelén me embarcó en el camión que llevaba la leche de la hacienda a Quito instruyendo al chofer que me dejara en la dirección que tenía de Isaac que para entonces vivía en una casa de varios pisos en la esquina de las calles Oriente y Los Ríos. Nuevamente fui recibido con cariño y algo de curiosidad. Expliqué el motivo de mi viaje, esto es mi deseo de ingresar a un colegio.

Entonces Isaac me dijo que era posible conseguir una beca para el Normal Juan Montalvo. Mi interés era ingresar al Colegio Mejía para luego ir a la Universidad y estudiar medicina, pero me cuidé bien de no mencionar este asunto y sólo agradecí mucho a Isaac por la ayuda que me ofrecía. Me dijo que era necesario que ingresara a un curso de preparación para el examen de ingreso porque todo dependía de la aprobación de este examen. El mismo se encargó de seleccionar el curso que debía seguir y mi hospedaje en casa de otro pariente, Nicolás Barrera. Creo que fue entonces cuando me di cuenta que Isaac era el jefe reconocido, respetado y estimado de una numerosa familia en Quito y Otavalo. Era el miembro de familia que había alcanzado el más alto sitial. Estaba muy bien relacionado con los intelectuales y políticos no sólo de Quito sino de todo el país. Había desempeñado cargos muy importantes, en el Gobierno, en el periodismo, en la Academia de Historia y en la Academia de la Lengua. A pesar de su prominencia estaba siempre dispuesto a escuchar a todos los que llegaban en busca de su ayuda y hablando con sus amigos casi siempre lograba conseguir la ayuda solicitada.

Obtuve la beca, aprobé el examen de ingreso y comencé mi vida de estudiante en el internado del Normal Juan Montalvo. Durante todos los años en esa institución Isaac fue mi apoderado ya que mis padres residían en Otavalo. Casi todos los domingos que podía salir del internado del Normal iba a visitar a Isaac y su familia y a darle razón de

mi vida, mis estudios y mis problemas que él siempre escuchaba con mucha atención para luego darme sus consejos. Pero Isaac recibía también informes periódicos del Rector del Normal sobre mis estudios y comportamiento y cuando éstos no eran de su satisfacción recibía una reprimenda que temía más viniendo de él que del Rector.

El otro recuerdo especial que tengo de Isaac tiene que ver con mis vacaciones después de haber terminado el tercer año del Normal Juan Montalvo. Durante los dos primeros años cada vez que llegaban las vacaciones estaba ansioso de volver a Otavalo y a mi familia. Pero al terminar el tercer año de estudios ya tenía otros planes. Un tío materno vivía en el Oriente, en una propiedad a orillas del Río Anzo, arriba de su confluencia con el Jatunyacu. Este tío me había dicho repetidas veces que podía ir a visitarle cuando quisiera y con todos los amigos dispuestos a acompañarme. Meses antes de las vacaciones de este año comencé a promover entre mis amigos un viaje al Oriente. Teníamos reuniones para hablar de la ruta que seguiríamos, del equipaje que necesitaríamos, etc. De ocho o diez amigos interesados en el viaje sólo quedaron dos en el momento decisivo. Las familias, incluyendo la mía, se oponían al viaje considerándole muy peligroso, pero en mi caso Isaac, que era la máxima autoridad, aprobó mi viaje y convenció a mis padres que debían dejarme ir. En el caso de mis dos amigos creo que sus familiares vivían demasiado lejos, Loja y Manabí para poder imponer su autoridad.

Habíamos convenido que iríamos de Quito a Baños en autobús, de Baños a Mera a caballo y de Mera hacia adelante a pie porque la trocha o sendero al Napo no permitía otro modo de transporte. Mi tío había ofrecido enviar algunos de los indios que vivían y trabajaban en su propiedad para que nos esperaran en Mera y nos condujeran por la selva hasta su propiedad.

Dió la coincidencia que el mismo día que mis amigos y yo debíamos tomar el autobús a Baños, Isaac y su familia debían ir a pasar sus vacaciones en esta población y como habían alquilado un automóvil y había espacio para mí, me invitaron a ir con ellos. En Baños conseguí un hotel para mí y mis amigos que llegaron más tarde en el autobús y arreglamos el alquiler de caballos para al siguiente día ir a Mera.

Cuando llegamos a este pueblo buscamos a los indios que debían estar esperándonos allí, pero no los encontramos. Como no teníamos dinero más que para una noche de hotel, decidimos continuar el

viaje al siguiente día con indios o sin indios, esto es con guías o sin guías.

El viaje al Oriente fue una aventura que no podré olvidar pero por ahora sólo diré que después de cerca de dos meses en la propiedad de mi tío, observando la vida de los indios y de los pocos blancos que habitaban esa región, regresamos a Quito por una ruta que nos tomó ocho días de viaje y que nos permitió conocer Puerto Napo, Tena, Archidona, Baeza, Papallacta, Pifo, Tumbaco y Cumbayá.

Cuando fui a visitar a Isaac y su familia poco después de mi regreso del Oriente tuve que relatarles en detalle todo lo que había visto y escuchado y fue tanto el interés en mi relato que Isaac sugirió que escribiera algunos artículos sobre mis observaciones en el río Anzo y me ofreció gestionar su publicación en una revista llamada Miscelánea que era el órgano de propaganda del Oriente Ecuatoriano. Así como años antes había estimulado mi interés por la lectura, estaba ahora estimulándome para que escribiera y ofreciéndome su ayuda para que lo que escribiera fuera publicado. El primer artículo que escribí se tituló Una Embarbascada en el Río Anzo y cuando apareció publicado en la mencionada revista no pude menos que sentirme orgulloso, satisfecho y feliz. Creo que mi interés en escribir nació allí gracias al estímulo y apoyo que me dió Isaac.

Después de mi graduación de Profesor Normalista ya no pude visitar a Isaac y su familia más que ocasionalmente. Trabajé como maestro de escuela en Otavalo, Guayaquil y Quito donde a la vez seguía la especialización de Historia y Geografía en el Instituto Superior de Pedagogía. Cuando había terminado el tercero de los cuatro años de especialización llegaron a Quito dos arqueólogos de la Universidad de Chicago y a solicitud de ellos el Ministerio de Educación me declaró en comisión de servicio para que les acompañara como ayudante en el reconocimiento arqueológico del Ecuador austral que se proponían realizar. A Isaac le complació grandemente esta designación y me dió muchos consejos sobre como debía comportarme con los arqueólogos norteamericanos. Cuando regresé a Quito Isaac nuevamente me estimuló para que escribiera sobre esta nueva experiencia ofreciéndome publicar uno o más artículos en el Boletín de la Academia Nacional de Historia. Isaac era entonces el Director de la Academia y del Boletín. El primer artículo que escribí y se publicó en el Boletín se tituló Reconocimiento Arqueológico del Alto Ecuador Austral.

Otro resultado de esta expedición fue una beca que consiguieron para mi los dos arqueólogos norteamericanos para que estudiara antropología en la Universidad de Chicago en donde permanecí de setiembre de 1942 a enero de 1945.

Regresé al Ecuador con un poco de dinero proporcionado por la Universidad de Chicago para que, junto con mi esposa, que fue mi compañera de estudios, realizáramos una investigación de una comunidad campesina en el altiplano ecuatoriano.

Seleccionamos Quiroga en el camino al lago de Cuichocha y allí vivimos un año observando y compartiendo la vida de sus habitantes en todos sus aspectos y escribiendo informes periódicos para el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago. En los viajes poco frecuentes a Quito visitábamos a Isaac y su familia y les relatábamos nuestra vida en Quiroga, sin agua, sin electricidad, sin mercado, y cómo nuestras relaciones con la gente del pueblo habían mejorado hasta tal punto que nos confiaban sus problemas. Isaac se dió cuenta que nadie hasta entonces había realizado esta clase de trabajo en el Ecuador y creyó que sería de interés para los lectores del periódico. El Comercio, con el cual él tenía muy buenas relaciones, si escribiéramos algunos artículos sobre las condiciones de vida y trabajo de estos campesinos. Esta sugerencia y estímulo se tradujo en una serie de artículos que aparecieron en El Comercio y Últimas Noticias. Estos artículos a la vez sirvieron para que el Instituto Nacional de Previsión se interesara por nuestro trabajo y nos invitara a realizar un estudio de las condiciones de vida y trabajo de los campesinos de la sierra ecuatoriana con miras a su posible incorporación al seguro social. El primer estudio lo realizamos en la Provincia de Pichincha con el apoyo entusiasta del Dr. Jorge Vallarino, del Dr. Jaime Barrera y del Dr. Víctor Gabriel Garcés, Presidente, Secretario-Abogado y Vocal, respectivamente, del Instituto Nacional de Previsión. El resultado de este estudio fue publicado en un libro titulado El Campesino de la Provincia de Pichincha por la Imprenta de la Caja del Seguro.

En 1952 salí del Ecuador para trabajar, primero en la Unión Panamericana en Washington, D. C. y luego en la Unesco en París, América Latina y Africa. Entonces no vimos a Isaac sino cada dos años que volvíamos al Ecuador de vacaciones. Pero en estas ocasiones teníamos largas e interesantes conversaciones, nosotros relatándole lo que habíamos visto y él recordándonos la historia de cada uno de los lugares

que habíamos visitado.

En una de estas vacaciones ya no encontramos a Isaac, pero su recuerdo vivirá siempre.

Aníbal Buitrón  
Sunset Beach, California  
Mayo, 1983.